

ban en la trastienda. Los más estaban sentados á la mesa y bebían conversando con animación, mientras tres ó cuatro individuos de unos grandes sacos amontonados en un rincón sacaban galletas, las contaban, y echándolas en cestos, los distribuían entre los mendigos y mujeres que iban presentándose á una puerta situada en un rincón del aposento, junto á los toneles. Esta puerta comunicaba con un reducido patio, el cual daba á la callejuela que más arriba hemos mencionado.

Alain estaba sentado en una especie de sillón de madera, en la campana de la chimenea. Encontrábase á su lado un hombre que llevaba sayo de piel de cabra y gorro de lana negra: era nuestro antiguo amigo Juan Oullier, consu perro sentado á sus piés. A sus espaldas, la sobrina de Poca-Alegría, joven y linda aldeana que se ocupaba en los quehaceres de la casa, avivaba el fuego y cuidaba de una docena de tazas en las cuales se cocía lentamente lo que llaman los aldeanos sidra caliente. Alain hablaba con mucha animación aunque en voz baja con Juan Oullier, cuando de improviso se oyó un ligero silbido semejante á la señal de alarma ó de reunión de la perdiz, el cual procedía del comedor de la taberna.

—¿Quién será? exclamó Poca-Alegría inclinándose para mirar por un rasgón que había hecho en las cortinas. ¡Ah! ¡El hombre de la Logerie! ¡Cuidado!

Antes de que los interesados hubiesen oído esa advertencia, todo volvió á su estado normal en el aposento de Poca-Alegría. Cerróse suavemente la puertecilla, desapareciendo las mujeres y los mendigos. Los hombres que repartían las galletas cerraron y derribaron los sacos, y sentados encima fumaban sus pipas con indolente y sosegado ademán. Todos los bebedores habían enmudecido, y tres ó cuatro de ellos se habían echado á dormir sobre la mesa como por ensalmo. Juan Oullier se había vuelto de cara á la chimenea para que no le conocieran los que entrasen.

XVI

EL HOMBRE DE LA LOGERIE

El sugeto á quien designaba Poca-Alegría con el epíteto de el hombre de la Logerie, era Courtin, cuya presencia en la primera pieza del figón, si exceptuamos la señal de alarma que cualquiera habría tomado por el canto de una perdiz, no causó la menor sensación en el comedor: los bebedores continuaban hablando, con la única diferencia de que la conversación, antes sería, era muy alegre y ruidosa desde que apareció Courtin. Miró éste en derredor, como buscando algún rostro que al parecer no encontró; luego abrió resueltamente las vidrieras y asomó su cabeza de garduña por la puerta de la segunda estancia. En ésta, como en la anterior, nadie hizo ademán de advertir su llegada. Sólo María, la sobrina de Alain, ocupada á la sazón en servir á los parroquianos, dió tregua por un momento á la esmerada solicitud con que atendía á las tazas de sidra que se calentaban en el rescoldo del hogar, levantóse, y preguntóle cual si se hubiese dirigido á un asiduo parroquiano de la casa:

—¿Qué falta, señor Courtin?—Un café, respondió éste inspeccionando una tras otra las fisonomías que se ofrecían á sus miradas así en los bancos como en los rincones del aposento.—Está bien, sentáos, repuso María; voy á servirlo al instante.—¡Ca! No hay necesidad, continuó Courtin con aire bondadoso; podéis echarlo ahora mismo en la taza, y lo tomaré junto á la chimenea entre esos buenos camaradas.

Nadie dió muestras de ofenderse por esta calificación que Courtin acababa de darse, ó mejor, acababa de dar á los concurrentes; pero nadie se tomó tampoco la molestia de ofrecerle sitio, lo cual le obligó á dar un paso más.

—¿Qué tal vamos, Alain? preguntó al tabernero.—Ya lo veis, contestó éste sin volver la cabeza.

Courtin podía fácilmente notar que no se le recibía con extremada benevolencia; pero no era hombre que se apu-

rarse por tan poco, y dirigiéndose á la sobrina de Alain, le dijo:

—Oye, María, acerca un escabel para que pueda sentarme al lado de tu tío.—No hay ninguno, señor Courtin, respondió la muchacha; á Dios gracias tenéis buenos ojos para verlo.—Entonces tu tío me cederá el suyo, replicó Courtin con no descarada llaneza, aunque interiormente no se sentía muy animado por la actitud del tabernero y sus parroquianos.—Si tanto precisa, murmuró entre dientes Alain, lo tendrás, pues para algo soy el dueño de la casa, y no quiero que se diga que en la *Rama de Acebo* se ha negado un asiento á quien lo pedía.—Pues trae acá y basta de conversación, chacharero, que ya veo al que busco.—¿A quién buscas? preguntó levantándose Alain á quien se le ofrecieron al punto veinte escabeles.—A Juan Oullier, ¡pardiez! y si no me engañan los ojos hélo ahí.

Al oír su nombre levantóse Juan Oullier preguntando en tono casi amenazador:

—¿Qué me queréis?—¡Cáscaras! No hay que mirarme con esos ojazos por eso, respondió el alcalde de la Logerie; lo que tengo que deciros os interesa más á vos que á mí.—Maese Courtin, añadió Juan Oullier con grave acento; sin embargo de lo que habéis dicho poco há, creedme, nosotros no somos ni podemos ser amigos, y harlo lo sabéis para que hayais venido aquí con buenas intenciones.—Pues andáis muy equivocado, maese Oullier.—Maese Courtin, replicó Oullier sin hacer caso de las señas que le hacía Alain para que fuera circunspecto, vos habéis sido azul desde que nos conocemos, y habéis comprado bienes que no os era lícito adquirir.—¿Que no me era lícito adquirir? contestó el colono con la sonrisa socarrona que le era habitual.—Yo me entiendo, y vos me entendéis también: hablo de los bienes procedentes de mala parte. Vos os habéis mancomunado con los azules de las ciudades; habéis perseguido á la honrada gente de las aldeas y los cortijos, á la que había guardado fidelidad á Dios y al rey. ¿Qué puede haber hoy común entre vos que tal hicisteis y yo que he obrado en sentido opuesto?—Es verdad, replicó Courtin; es verdad, maese Oullier, que yo no he navegado jamás en vuestras aguas; pero entre vecinos no debe obstar el hallarse en bandos opuestos para estar en buena armonía. Por eso vengo á prestaros un servicio, os lo juro.—No me hace falta, maese Courtin, res-

pondió desdeñosamente Juan Oullier.—¿Por qué? preguntó el colono.—Porque estoy seguro de que vuestros favores encubrirían alguna traición.—¿Es decir, que os negáis á oírme?—Me niego, replicó ásperamente el lobero.—Y hacéis muy mal, le dijo á media voz el dueño de la taberna á cuyo entender la franca y leal rudeza de su compañero era una inhábil maniobra.—Corriente, contestó Courtin acentuando las palabras; si sucede alguna desgracia á los moradores del castillo de Souday, vuestra será la culpa, maese Oullier.

En el modo con que Courtin pronunció la palabra *moradores* había sin duda una intención extensiva á los huéspedes que habían recibido hospitalidad en el castillo. Juan Oullier no podía equivocarse sobre el particular, y á despecho de su fortaleza de ánimo, inmutóse en alto grado. Entonces se arrepintió de haber sido tan áspero; pero conoció que después de haberse adelantado tanto era muy arriesgado retroceder, pues por poco que Courtin hubiese sospechado, esta retirada habría confirmado sus recelos. Trató por lo tanto de reprimir su conmoción y volvió á sentarse de espaldas á Courtin con la mayor indiferencia del mundo. Era tan desbarazada su actitud, que Courtin á pesar de su sagacidad, cayó en el lazo, y en lugar de ausentarse con la presteza que requería su última contestación, estuvo parado largo rato buscando algunos cuartos en su bolsón de cuero para pagar el café. Adivinó Alain la causa de esta demora, y aprovechóla para meter baza en la conversación, diciendo á Juan Oullier con aire sosegado:

—Amigo Juan, creo que somos antiguos camaradas y seguimos el mismo camino desde largo tiempo ¿no es verdad? ahí están dos piernas de palo que no me dejarán mentir: pues vamos al caso, yo no vacilo en afirmar delante del señor Courtin, que está presente, que no tienes razón, amigo mío. Porque ¡qué diablo! sólo un loco es capaz de decir que sabe lo que contiene una mano cerrada. Verdad es que el señor Courtin, prosiguió Alain insistiendo en el título que daba al alcalde de la Logerie; verdad es que si el señor Courtin no ha estado con los nuestros, tampoco ha sido contrario: ha obrado en beneficio suyo, es lo único que se le puede reprochar. Pero hoy que felizmente se han extinguido nuestras querellas, hoy que ya no hay azules ni chuanes, hoy que á Dios gracias disfrutamos de una paz completa ¿qué te importa el color de su escarapela? Y luego, si el señor Courtin

tiene que comunicarte asuntos de importancia como dice, ¿por qué no has de escucharle?

Juan Oullier se encogió de hombros con impaciencia.

—¡Viejo zorro! dijo Courtin para su sayo, pues estaba muy en antecedentes para dejarse engatusar por las pacíficas flores retóricas con que Poca-Alegría consideraba oportuno esmaltar su peroración; y añadiendo luego en voz alta: tanto más, cuanto que nada tiene que ver la política con lo que yo había de decirle. —Enhorabuena, dijo Poca-Alegría; ya ves que nada impide que tengas una corta conferencia con el señor alcalde. Ea, hazle sitio y podréis charlar á vuestras anchas.

Todo esto no bastó para determinar á Juan Oullier á poner mejor gesto á Courtin, ni siquiera á volverle el rostro; mas tampoco se levantó, como era de temer, cuando vió que el colono se sentaba á su lado.

—Macse Oullier, dijo Courtin á manera de preámbulo, se me antoja que si echásemos un trago, tendría más expedida la lengua. —Como queráis, respondió Oullier, quien á pesar de lo que le repugnaba beber con Courtin, consideraba sin embargo necesario este sacrificio para su causa. —¿Hay vino? preguntó Courtin á María. —¡Me gusta la pregunta! —Ya; pero buen vino, entendámonos, vino lacrado. —Lo hay, contestó irguiéndose María; pero cuesta cuarenta sueldos cada botella. —Deja, chica, replicó Alain que acababa de sentarse al otro lado de la chimenea con objeto de coger al vuelo alguna palabra; el señor alcalde no se apura por eso, muchacha; cuarenta sueldos más ó menos no han de privarle de satisfacer su anualidad á la señora baronesa de Michel.

Estas palabras hicieron arrepentir á Courtin de haberse adelantado tanto, pues si por desgracia hubiesen vuelto los calamitosos tiempos de la gran guerra, habría sido en extremo peligroso pasar plaza de rico.

—¡Echa, echa! replicó, os despacháis á vuestro gusto, compadre! Cierto que tengo con que pagar mi arriendo; pero os aseguro que después de cumplida esta obligación, me juzgo muy dichoso si logro cubrir mis cortas necesidades. Ahí tenéis mi riqueza, Alain. —Bueno, bueno, replicó Oullier, á nosotros nos importa un comino que seáis rico ó pobre; desembuchad lo que tengáis que decirme, y acabemos.

En esto entró María con la botella que acababan de pedirle, tomola Courtin, limpió el cuello con la manga, echó algunas

gotas de vino en su vaso, llenando después el de Juan Oullier, y luego tomó el suyo, brindaron, y paladeando lentamente la bebida, dijo:

—¡Canastos! No son muy dignos de compasión que digamos los que cada día beben tal vinillo. —Sobre todo, repuso Juan Oullier, si lo beben con la conciencia tranquila, pues parece que esto es lo que hace al vino grato al paladar. —Juan Oullier, añadió Courtin sin hacer alto en la filosófica reflexión de su interlocutor é inclinándose de modo que sólo él pudiese oírle; vos me tenéis ojeriza, y en verdad os digo que no es justificada. —Probádmelo y os creeré: hé aquí la confianza que me inspiráis. —Permitid pues deciros que respeto y aprecio mucho al señor marqués, y que me apesadumbra mucho, muchísimo, ver humillado por una pandilla de advenedizos al que ha sido el primer hidalgo de la provincia. —Si está contento con su suerte, ¿qué os importa? repuso Juan Oullier; no creo que le hayáis oído proferir ninguna queja, ni que os haya pedido prestado. —Vamos á ver, ¿qué le diríais á un hombre que ofreciese volver al castillo de Souday su primitiva opulencia y su perdido esplendor? dijo Courtin sin arredrarse por la aspereza de su interlocutor. —¿Tendríais á este hombre por enemigo? —No os parece que el señor marqués debería estarle muy agradecido? ¡Ea! contestad franca y categóricamente, tal como yo acabo de hablaros. —Cierto que sí; con tal que este hombre pretendiese hacerlo por medios lícitos y honrados, lo cual dudo. —¿Cómo medios lícitos y honrados? —¿Quién sinó se atrevería á haceros semejante proposición? Oid, compadre, yo hablo clarito, pues me gusta ir recto al asunto: está en mi mano hacer que los cientos y los miles abunden más en el castillo de Souday que actualmente los escudos de cinco libras; pero.... —¿Pero qué? Despachad; ya veo dónde os aprieta el zapato. —¡Qué diantre! claro está que yo también quisiera sacar mi parte de lucro. —Si el negocio es limpio, tendréis vuestra parte, es muy justo. —¿Verdad que sí? y por cierto que lo que yo pido por mi cooperación es muy poca cosa. —Pero sepamos ¿qué es lo que pedís? replicó Juan Oullier que ya empezaba á entrar en deseos de saber las intenciones de Courtin. —¡Pardiez! es muy sencillo; en primer lugar, desearía no tener que pagar más arrendamientos ni enfiteusis por la hacienda que tengo acensada todavía por doce años. —¿Según eso quisierais que os la regalasen? —

¡Cáspita! creed que no estoy bastante reñido con mis propios intereses para rehusar semejante proposición, y si el señor marqués se empeñase en ello...—¿Pero cómo lograrlo? Vuestro cortijo pertenece al joven Michel ó á su madre, y no he oído que traten de enajenarlo. ¿Cómo queréis que se os regale una cosa que no nos pertenece?—Bueno, prosiguió Courtin; pero si yo tomase cartas en el negocio, tal vez ese cortijo no tardaría en perteneceros, ó poco menos, en cuyo caso el trato en cuestión sería muy fácil de realizar: ¿no lo creéis así?—Lo que yo creo es que no alcanzo á comprenderos, maese Courtin.—¡Tunantuelo! ¡Cáspita! nuestro mocito es un magnífico partido. ¿Sabéis que sin contar con la Logerie posee la hacienda de la Coudraie, los molinos de la Ferronerie y los bosques de Gervaise, lo cual produce ochomil pistolas anuales? ¿Sabéis que la señora le reserva otro tanto para después de su muerte?—¿Y qué tiene que ver el barón Michel con el marqués de Souday? ¿Qué influjo puede ejercer la fortuna de vuestro amo en la del mío?—¡Ea! Vamos claros, y dejémonos de indirectas y circunloquios, compadre Oullier. Vos no habréis dejado de reparar que el mocito está enamorado de una de las hermanas, y si no mienten las señas, perdidamente enamorado, os lo aseguro. ¿Cuál de ellas es la dama de sus pensamientos? Lo ignoro; pero basta que el señor marqués abra la boca y escriba cuatro palabras tocante al cortijo, que lo demás corre por mi cuenta. Una vez casados (ya sabéis que las muchachas no son cortas de genio) ella le manejará á su antojo y logrará de él cuanto quiera. El se guardará muy bien por otra parte de negar algunas malas fanegas de tierra á un hombre á quien estará ligado con vínculos de eterna gratitud, y entonces yo hago mi negocio á la par que el vuestro. Sólo tenemos un obstáculo que vencer, y es la madre, añadió Courtin inclinándose hacia Juan Oullier; mas ya me encargo yo de amansarla.

Oullier no contestó, y limitóse á mirar de hito á su interlocutor, quien continuó en estos términos:

—Si todos nos empeñamos en ello, la señora baronesa no tendrá más recurso que ceder. Mira, Juanillo, añadió luego golpeando amistosamente el muslo de su interlocutor, dejando á un lado esta cuestión, debo decirte, aunque te asombre, que estoy bien enterado de la vida y milagros del difunto señor Michel.—Entonces, ¿para qué nos necesitáis? ¿Quién os priva de exigirle desde luego lo que tanto ambi-

cionáis?—Lo que me priva de hacerlo, es que además del testimonio de un muchacho que apacentando su rebaño oyó cerrar el trato, necesito el de aquel que en el bosque de la Chabottière vió entregar el pago de la traición, y tú no ignoras, Oullier, quién es ese testigo. El día que nos mancomunemos, la baronesa se amansará como un corderillo; aunque avara, su altivez es mayor que su codicia, y el temor al vilipendio público y á las hablillas del país la ablandarán. Entonces pensará que, bien mirada la cosa, la señorita de Souday por pobre que sea es muy digna del hijo de un barón Michel cuyo abuelo fué aldeano y el padre un.... yo me entiendo: así vuestra señorita será rica, nuestro mozo feliz, y yo estaré contento como unas pascuas. ¿Qué hay que replicar á todo eso? Esto sin perjuicio de que seremos los mejores amigos del mundo, y puedo asegurarte sin vanidad, que á pesar de lo mucho que me holgaría de merecer vuestro aprecio, mi amistad dista mucho de ser menospreciable.—¡Vuestra amistad!... prorrumpió Juan Oullier no pudiendo ya reprimir la indignación que le causaba la singular proposición de Courtin.—Sí, mi amistad, dijo éste, no hay que hacerse el melindroso ni menear la cabeza, compadre; lo dicho dicho. Dije que estaba tan enterado como el que más de la vida y milagros del difunto Sr. Michel, y hubiera podido añadir que nadie lo está como yo de los pormenores de su muerte. Yo era uno de los ojeadores de la batida donde murió, y estaba colocado precisamente en frente de él... Muy mozo era yo todavía en aquella sazón; pero ya tenía la costumbre ¡Dios me la conserve! de no charlar sinó cuando me convenía. ¿Te parece ahora si son de despreciar las ventajas que reportaría tu partido de mi adhesión á vuestra causa?—Maese Courtin, replicó Juan Oullier frunciendo el entrecejo, yo no tengo ninguna influencia en el ánimo del señor marqués de Souday; mas si alguna tuviese, te juro que ese cortijo no pertenecería jamás á su familia, y dado que le perteneciese, no serviría de modo alguno para recompensar una inicua traición.—¡Palabrería! repuso Courtin.—No tal, por más pobres que sean las señoritas de Souday, no quisiera que ninguna de ellas se enlazase con vuestro baroncito; por más cuantiosas que fuesen sus riquezas y aunque llevase un apellido mucho más ilustre que el que ahora lleva, no accederían por eso á comprar semejante enlace con una bajeza.—¡Bajeza! Yo sólo veo en ello un magnífico negocio.—Podrá

ser, pero puedo aseguraros que en el concepto de los que tengo el honor de servir, la compra de este enlace por mediación vuestra sería no sólo una bajeza, sino una infamia.— Juan Oullier, ándate con cuidado; me he propuesto ser buen muchacho, prescindiendo de los epítetos que te acomodan aplicarme, pues he venido á encontrarte animado de muy buenas intenciones; pero guárdate de que estas cambien al salir de aquí.—Tened entendido que me tienen tan sin cuidado vuestras amenazas como vuestras ofertas; mas si es preciso repetíroslo con mayor claridad, lo haré, maese Courtin.—Oye por última vez, Oullier: ya te he dicho que deseo ser rico: cada loco con su tema. Tú has dado en la flor de ser fiel á unas personas que pasan por tí menos cuidado que tú por tu zarcero; y por eso, creyendo que podrías ser útil á tu amo, y confiando por otra parte que él no dejaría de recompensar tu buena acción, te he hecho las proposiciones que acabas de oír: ¿dicesme que es imposible entendernos? No te hablaré más de ello; pero júrote que si los nobles tus señores quisiesen ser reconocidos á la manera que yo lo entiendo, mejor les serviría que á los otros: te lo digo con franqueza.—Como que esperabais que los nobles os recompensarían con mayor largueza, ¿no es eso?—Indudablemente, amigo mío: contigo hablo sin rodeos; mas si como decías no há mucho, es preciso repetirlo con mayor claridad, lo haré.—Yo no hago de intermediario en esos negocios, Courtin; fuera de que la recompensa que yo os ofrecería, á ser proporcionada á lo que ellos pueden esperar de vos, sería tan mezquina, que no vale la pena de hablar de ello.—¡Oh! ¿Quién sabe? Poco sospechabas hace un rato que yo estuviese tan al corriente del asunto de la Chabottière, y de seguro te admiraría saber de cuantas cosas estoy enterado.

Conoció Juan Oullier que no le convenia mostrarse intimidado por las amenazas de su interlocutor, y contestóle ásperamente:

—Vaya, acabemos de una vez; si tanto deseáis venderos, llamad á otra puerta, pues me repugnan sobremanera esta clase de negocios, y aun cuando estuviese en mi mano hacerlos, no son já Dios gracias! de mi incumbencia.—¿Es tu contestación definitiva?—En cuanto cabe: seguid vos vuestro camino, y dejadnos á nosotros seguir el nuestro.—Corriente, dijo Courtin levantándose; ¡peor que peor! pues habria deseado estar en vuestras filas.

Así diciendo, hizo con la cabeza una seña de despedida á Oullier, y salió del aposento. Apenas hubo traspasado sus umbrales, llegóse Alain á Juan Oullier saltando con sus piernas de palo, y le dijo en voz baja:

—Acabas de hacer una tontería.—¿Cómo?—Este hombre puede darte que sentir; de otro modo no habria venido á encontrarte con tanta entereza de ánimo.—¿Y qué querías que hiciese?—Mandarlo á Luis Renaud ó á Gaspar: ellos lo habrian comprado.—Ahora ya no tiene remedio: ¿cómo nos gobernamos?—Es preciso no perderle de vista.

Quedó Juan Oullier pensativo, y al cabo de un breve rato levantóse diciendo:

—Por mi vida que quizá tengas razón.

Y salióse del figón con el semblante inquieto.

XVII

LA FERIA DE MONTAIGU

Como el entusiasmo político se había entibado algún tanto, no sorprendió al gobierno la efervescencia de los ánimos en el Oeste de Francia, por cuanto una insurrección que abrazaba tan vasto territorio, y que debía contar con numerosos conjurados, no podía permanecer mucho tiempo secreta; y teniéndose en París noticias de la sedición que se estaba preparando mucho antes de que aportara la duquesa á las playas de Marsella, tomáronse prontas y eficaces medidas de represión, y en cuanto se supo de un modo cierto que la princesa se había dirigido á las provincias del Oeste, vióse ya llegado el momento de ejecutarlas, nombrando para ello á hombres seguros y competentes.

Habianse dividido los departamentos donde era más inminente la sublevación en tantos distritos militares cuantas eran sus subprefecturas, y mandado cada distrito por un comandante, era el centro de varios cantones secundarios mandados por capitanes, los cuales eran á su vez el centro de otros destacamentos de menos importancia, mandados